

Leibniz: hacia una interpretación de la realidad en *La Monadología*

Leibniz: towards an interpretation of reality in *Monadology*

Por: Emmanuel Legorreta Rangel
Facultad de Filosofía
Universidad Católica Lumen Gentium
emmanuelegorreta@comunidad.unam.mx
Recepción: 29.10.2016
Aprobación: 21.12.2016

Introducción

Leibniz expresa el deseo por comenzar a formar un sistema que pueda ser capaz de dar respuesta a la búsqueda de los primeros principios y primeras causas de la realidad. Hacia el año 1671, Leibniz reacciona contra el mecanicismo de Descartes al considerar problemático el dualismo substancial que postula, proponiendo un sistema basado en lo racional, pues en el hombre, lo único seguro y digno para conocer es su razón.

La Monadología, obra de Leibniz en donde expone de una manera sintética, apretada y exacta su filosofía, es la propuesta de reajustar el sistema de la razón y superar todas y cada una de las divergencias que había encontrado en el sistema de Descartes, con esta propuesta se da a la tarea de considerar un universo completo, un mundo en el que absolutamente todo esté encadenado de manera lógica. “Descartes tuvo razón al sostener que la materia era indefinidamente indivisible y que el mundo estaba lleno. Pero se equivocó al confundir la materia con la extensión y ver en ella una sustancia homogénea” (Halbwachs, 1943, p.67). El fundamento de toda su filosofía y propuesta sobre este universo sin huecos ni lagunas, será la idea de la Mónada como elemento primero, resultado de todo un proceso de investigación racional en el que quedan puestas las condiciones que debe requerir este primer elemento para que no deje ninguna abertura a la contradicción y que sea apta para tomarla como fundamento de todo el sistema. Por ello todo el sistema leibniziano radicará en la necesaria unidad que deberá tener este primer elemento llamado Mónada, la cual no tendrá la necesidad de recibir ningún tipo de influjo por parte de cualquier objeto exterior; esta Mónada que representa para él, la sustancia primera y esencial de la realidad, es el orgullo

personal de una definición de tal envergadura, pues considera que a partir de esta sustancia se derivan los primeros principios bajo dos órdenes de verdades: las verdades necesarias y las verdades contingentes que se refieren a Dios y a la naturaleza de los cuerpos, dado que las primeras se refieren a las esencias y las segundas a los hechos.

Así pues, la postura leibniziana es una respuesta que intenta resolver el problema del dualismo cartesiano respecto a la noción de sustancia mediante la formulación de su teoría de la Mónada. La relevancia de su propuesta radica en que se convierte en el último metafísico que intenta salvaguardar la noción de sustancia, a partir del momento en que Descartes postula su dualismo, pues después de Leibniz la metafísica y la sustancia caerán en desuso, debido a la concepción de su poca utilidad que algunos filósofos postularan como el caso de Kant.

1. La necesaria unidad de la Mónada en cuanto principio constitutivo de la realidad

Al hablar de un principio como el fundamento de toda la realidad, necesariamente tiene que poseer ciertas características que puedan llegar a considerarlo como esa primera y única génesis fundamental. Leibniz lo encontró y lo llamó Mónada, a ella le corresponde ser el sustento de la realidad y de todo el cambio que puedan tener todas las cosas del mundo, y al mismo tiempo deberá reflejar el universo por completo desde una perspectiva particular que sólo ella puede realizar. Entre sus características, a las que más tarde nos dedicaremos, hay una que es de gran importancia e incluso podríamos decir que es la principal, la unidad. De esta forma, se entiende que dicho principio, para que pueda ser considerado como tal, es necesario que tenga una completa unidad, pero esta unidad no debe entenderse en sentido cuantitativo sino cualitativo. Así, será necesario comenzar con la explicación de lo que es y representa una Mónada.

Cuando Leibniz habla de la Mónada, se refiere a la sustancia, una sustancia simple, sin composición alguna, que pueda ser el resultado solamente de una acción creadora por parte de algo superior a ella misma, “La Mónada de que hablaremos aquí, no es otra cosa que una sustancia simple, que forma parte de los compuestos; simple, es decir, sin partes” (Leibniz. 1985, p.26). Aunque esta sustancia simple forma parte indispensable en la formación de los cuerpos compuestos, no es una agregación de sustancias o una combinación de fracciones,

sino que pertenece a las sustancias simples, es decir, aquellas que no pueden descomponerse y disolverse en sus partes, pues de otra manera no podría entenderse la realidad de los objetos compuestos ya que no hay multiplicidad sin verdadera unidad “Es necesario que haya sustancias simples, puesto que hay compuestas; porque lo compuesto no es otra cosa que un montón o *aggregatum* de simples” (Leibniz, 1975, p.26). Por lo tanto, nada de lo que le suceda a esta sustancia puede escapar de su propia forma y de sus propias leyes establecidas, “nada le sucede que no venga de su fondo y en virtud de sus propias leyes” (Leibniz, 2005, p.157).

Si esta unidad no es de tal manera, es absurdo imaginarse alguna cosa dentro de la realidad que pueda ser capaz de expresarla, pues “No hay gota de agua tan pura en la que no se observe, bien mirada, algún tipo de variedad” (Leibniz, 1989, p.86). Por tanto, sería un error considerar como sustancia simple a aquellas máquinas o montón de piedras que solamente son objetos por agregación, porque la disposición regular o irregular nada tiene que ver con la noción de unidad. Esto no quiere decir que exista una dificultad al tratar de excluir todo lo extenso de la consideración de sustancia que tenga como consecuencia la idea de que solamente son fenómenos irreales, simplemente son fenómenos que están fundados mediante leyes generales y lógicas, de esta manera puede deducirse de un fenómeno que se da en la realidad el subsecuente del mismo, pues incumbe a la propia naturaleza de la sustancia que su presente esté preñado de su futuro. “No digo que no hay nada substancial, o que sólo hay apariencia en las cosas que no tienen una verdadera unidad, pues concedo que tienen siempre tanta realidad o sustancialidad como verdadera unidad” (Leibniz, 2005, p.119).

Ahora bien, dicha sustancia simple en cuanto comprendida como una verdadera unidad, tiene algunas características que no son de ninguna manera ajenas a su propia naturaleza. Aun, para que esta sustancia pueda evitar todo tipo de contradicción en su fundamento, necesariamente tiene que ser perfecta, de esta manera hablamos de la segunda característica de la Mónada: la perfección. Según el filósofo de Hannover, podemos hablar de manera análoga dentro de esta perfección de Almas y Entelequias, siendo una más perfecta que la otra de tal forma que “la noción de entelequia pasaría a ser, más que un nombre intercambiable por el de Mónada, una característica de algunas Mónadas” (Jove, 2004,

p.142), decimos de algunas Mónadas, porque Leibniz reconoce y separa una de otra, como se observa a continuación:

Si queremos llamar Alma a todo lo que tiene percepciones y apetitos en el sentido general que acabo de explicar, todas las sustancias simples o Mónadas creadas podrían ser llamadas Almas; pero como el sentimiento es algo más que una simple percepción, concedo que el nombre general de Mónadas y de Entelequias basta para las sustancias simples que no tengan sino eso; y que se llama Almas solamente a aquellas cuya percepción es más distinta y está acompañada de memoria (Leibniz, 1985, p.32).

Por lo tanto, y para no confundirlas, la diferencia entre Alma¹ y Entelequia radica en la percepción y memoria que poseen cada una respectivamente, lo que llama entelequia es aquella sustancia que solamente posee percepciones, mientras que la sustancia llamada alma, es aquella que goza no solo de percepciones, sino también de memoria.

Dentro de la perfección de la sustancia, deben existir dos principios elementales que hacen de la Mónada el fundamento de la realidad; el principio de la diferenciación y el principio del cambio o movimiento que serán explicados más adelante en los apartados 2 y 4 respectivamente. No obstante, es importante hacer una primera aproximación a dichos principios. Al hablar de movimiento y cambio en las Mónadas, es necesario hacer mención de los conceptos de percepción, apercepción y apetición. De tal suerte que el estado pasajero que comprende y representa una multitud dentro de la unidad, no es otra cosa que la percepción, "...que debemos distinguir de la apercepción o de la conciencia" (Leibniz, 1981, p.83) es decir, que la sustancia de este tipo, al pasar de un cambio a otro sucede lo que se denomina como percepción, y el principio, por supuesto interno, que realiza dicho cambio o el paso de una percepción a otra, es la apetición, ya que en virtud tanto de su simplicidad como de su diversidad, tiene un principio interno en sí misma que es capaz de impulsarla de

¹ Si queremos llamar Almas a estas sustancias, será necesario que posean percepción y apetición en el sentido que se ha dicho, pero como debe de ser distinta y el sentimiento es algo más que una simple percepción, por ello su percepción debe ser distinta y así, solamente podremos llamar Almas a aquellas sustancias que vayan acompañadas de esta percepción distinta y de memoria, pues aquellas Almas más elevadas son capaces de entender las verdades eternas y representarse el universo, tan es así que no sólo pueden hacerlo de una manera confusa y desorganizada, sino con un orden tal, que puedan ser capaces de entenderlo, pues no solamente son espejos del universo, también lo son de lo mejor y lo más soberano que puede existir, es decir, del creador, y eso solamente está reservado para las Almas, que sin duda alguna son capaces de gobernar al resto de las sustancias existentes.

una a otra “La Acción del principio interno que produce el cambio o el paso de una percepción a otra puede llamarse *Apetición*” (Leibniz, 1981, p.85).

Una tercera característica que poseen estas Mónadas, es el origen y fin de éstas, ya que si decimos que son el fundamento de la realidad y que deben de ser más perfectas “No debe parecer extraño que haya una sustancia infinitamente más perfecta que las demás: ello parece incluso conforme a la razón” (Leibniz, 1989, p.67). Su origen y fin tienen que tener algunas particularidades muy distintas del resto de la realidad, de tal modo que también pueda concebirse como una sola unidad por parte de las Mónadas. El origen de éstas, procede directamente de un principio superior a ellas, comienzan a ser solamente por creación, es decir, que no pueden existir mediante formación o agregación de partes hasta quedar constituidas, pues se trata de sustancias simples, así que es imposible sostener que las sustancias simples comienzan naturalmente.

De la simplicidad de la Mónada se deduce que no ha empezado a existir por gradaciones, sino que es una creación directa, llamada de súbito a la existencia, “Por la misma razón, no hay modo alguno por el que una sustancia simple pueda comenzar naturalmente, puesto que no puede formarse por composición” (Leibniz, 1981, p.75). De la misma manera, ninguna de estas sustancias simples puede morir o perecer naturalmente, por lo cual no debe temerse que estas sustancias que son el fundamento de la realidad puedan disolverse. La única manera en que pueden dejar de existir es por aniquilación por parte de aquel que las creó. Todo ello corresponde a una realidad que caracteriza y especifica a una sustancia que representa el fundamento primero de todo lo real en el mundo.

Es muy cierto que, cuando varios predicados se atribuyen a un mismo sujeto, y este sujeto no se atribuye a ningún otro, se le llama sustancia individual [...] Sentado esto, podemos decir que la naturaleza de una sustancia individual o de un ser completo es tener una noción tan completa que sea suficiente para comprender y hacer deducir de ella todos los predicados del sujeto a quien esta noción se atribuye (Leibniz, 1985, p.77).

Es necesario que dichas características, sean buscadas en las mismas sustancias simples y no tratar de explicarlas desde razones mecánicas o externas a ellas, así el movimiento por parte

de las Mónadas, podrá ser entendido a partir de este argumento: que todo en ella le viene desde el interior y no por causas externas que posibiliten un influjo ajeno a dicha sustancia.

2. El movimiento en la Mónada reducido a un simple dinamismo interno

El movimiento que la Mónada puede sufrir solamente es de corte interno y no algo ajeno que no dependa de ella, así que no nos referiremos de ningún modo al movimiento de forma meramente local. Pero hay que entenderlo no como algo que es o pueda ser excitado por un agente exterior para que, a partir de ello, la Mónada pueda comenzar a ser alterada, disminuida o aumentada, ya que esta sustancia primera es totalmente simple y la única manera en que puede existir y concebir un cambio de esta manera sería considerar a esta sustancia como compuesto, pues el movimiento interno es precisamente en las partes de estos compuestos que forman un objeto particular, por lo tanto no puede ser de esta índole.

Tampoco hay medio de explicar cómo una Mónada pueda ser alterada o cambiada en su interior por alguna otra criatura, puesto que en ella no cabe transponer nada ni concebir movimiento interno alguno que pueda ser excitado, dirigido, aumentado o disminuido dentro de ella, como sí es posible en los compuestos, en donde hay cambio entre las partes (Leibniz, 1981, p.76).

Por lo tanto, el cambio debe ser de tipo meramente interno, sin necesidad de recibir ningún tipo de influjo exterior, así el cambio es y depende de ella por completo. Porque al afirmar que la Mónada es un punto de fuerza, un completo dinamismo interior, de alguna manera el filósofo de Hannover habría entendido que el movimiento en sí mismo, separado de la fuerza llega a ser algo relativo, en cambio la fuerza es cosa real y absoluta, pues en la naturaleza hay algo más que extensión y movimiento que es la fuerza o la potencia que ésta puede llegar a tener; de tal manera que el movimiento que puede sufrir una Mónada no es en un sentido metafísico, es decir, el movimiento no es real, sino más bien es una fuerza derivativa. Con ello, Leibniz intenta establecer que el movimiento por sí solo, no es más que el resultado del punto de fuerza que la Mónada posee, es decir que el movimiento no es una causa, sino un efecto de la fuerza.

Este punto de fuerza que genera lo que puede haber de real en el movimiento, es consecuencia del estado en que se encuentra la sustancia, pues todo estado futuro es el resultado de su

estado precedente, de esta forma debe de existir de alguna manera en cada sustancia una fuerza o actividad de la cual se pueda atribuir cualquier movimiento “mediante la cual podamos dar significado a un estado de movimiento y vincular entre sí los estados de un cuerpo en instantes sucesivos” (Russell, 1977, p.118).

De manera tal que entre todas las cosas que le pueden suceder a las sustancias, debe de existir un orden tal que una le siga a la otra, es decir, que el presente está cargado del porvenir debido a que existe una ligazón entre los distintos estados, y esto no sólo sucede en general sino de manera particular en cada una de las sustancias, existe pues una relación en todos sus estados que se encuentran envueltos el uno con el otro, como lo menciona Leibniz en su *Discurso de la Metafísica*:

Todo lo que la noción de sustancia encierra en sí misma, lo encierra de una vez para siempre, por lo que todo cuanto puede ocurrirle se encuentra siempre en ella, de tal manera que considerando esta noción se puede ver en ella todo lo que verdaderamente se puede enunciar de ella misma (1985, p.86).

Ahora bien, este dinamismo que es necesario y esencial a todas las sustancias simples y junto con lo que tiene de pasivo y que constituye los propios límites de dicha fuerza, lleva a las sustancias simples a cambiar por sí mismas, con excepción de la Unidad Principal a la que nada le sucede, ya que no puede adquirir o perder algo de ella. Es pues así, como se puede concebir el cambio en toda sustancia simple, “es decir, sin partes ni extensión, ni figura, ni divisibilidad posibles” (Leibniz, 1985, p.26), dado que en aquellas otras, es decir, en las sustancias “agregadas” “que no es otra cosa que un montón o *aggregatum* de simples” (Leibniz, 1985, p.27) el cambio que pueden sufrir no les viene sino de las partes que la constituyen, por lo tanto es correcto hablar de un cambio propiamente, dicho en otras palabras, un cambio meramente local.

Si el cambio solamente se da en ellas, debe de existir, dentro del mismo movimiento que puedan sufrir, algo que las particularice, pues si cada una de ellas expresa en parte el universo entero, sería imposible considerar que dos cuerpos son idénticos en el universo, “Es preciso, incluso, que cada Mónada sea diferente de otra cualquiera” (Leibniz, 1981, p.79), por ello este mismo punto de fuerza dinámica, debe al mismo tiempo que cambia, particularizar a

cada una de las Mónadas, “Pero también es preciso que, además del principio del cambio, haya un pormenor de lo que cambia, que efectúe, por así decir, la especificación y la variedad de las sustancias simples” (Leibniz, 1981, p. 81).

Por otro lado y de manera análoga a la actividad de la mente humana, que pasa de una representación a otra, también de una volición a otra, es decir siempre apetece contenidos nuevos², es precisamente lo que forma parte de las dos actividades fundamentales de las Mónadas, a saber; la percepción y el apetito a sucesivas representaciones. Son estas dos actividades las que individualizan y distinguen a cada una de ellas. Porque una Mónada no podría nunca distinguirse de otra por sí misma, sino a partir de la cualidad y de las acciones internas, que en realidad no son más que sus percepciones, es como podría distinguirse de las demás, “concedo que el nombre general de Mónadas y Entelequias basta para las sustancias simples que tengan percepción y apetitos; y que se llame Almas solamente a aquellas cuya percepción es más distinta y está acompañada de memoria” (Leibniz, 1985, p.32).

Pero para poder reflejar por completo este universo y debido a que a partir de una se puede deducir la siguiente, es necesario que exista una vinculación entre cada una de ellas, pero ¿cómo puede ser posible si se afirmó que nada puede alterarlas desde fuera, ni una puede ejercer acción alguna sobre otra? La postura de Leibniz es radical afirmando que “Las Mónadas no tienen en absoluto ventanas por las que pueda entrar o salir algo” (Leibniz, 1981, p.77) por lo tanto entender la relación que hay entre ellas si no es a partir de la teoría de la armonía preestablecida no puede concebirse ningún tipo de comunicación y por lo tanto no pueden expresar el universo en su totalidad desde puntos de vista distintos y diversos.

3. Una correspondencia establecida desde el origen

Una de las proposiciones de la *Monadología* que hace entendible todo el sistema de Leibniz, siendo además una de las características de toda Mónada, es aquella que pone de manifiesto que cada una de ellas es un mundo cerrado en sí mismo, que no llega a ser susceptible a ninguna demanda de algún influjo exterior. Podríamos estar hablando de un aislamiento de

² Cuando Leibniz habla acerca de la función de la mente humano como el paso de una representación a otra y de una volición a otra, se refiere al alma, por decirlo en palabras sencillas, es de mejor calidad que las entelequias, bajo el argumento de los grados de perfección de las Mónadas.

las sustancias, que es una de las ideas posteriores a Descartes más difundidas en el pensamiento filosófico y que en Leibniz asume, dicho supuesto, un máximo de complejidad al eliminar el dualismo existente entre *res cogitans* y *res extensa*, al realizar esto en lugar de eliminar por completo el problema de la comunicabilidad de las sustancias; lo único que hace es complicarlo aún más de lo que ya era, pues al considerar un número infinito de Mónadas debía explicar cómo era posible hacerlas pensables a pesar del aislamiento en que se encuentran, es decir, cómo era posible una relación entre las sustancias. Por otro lado, al suponer que todos los cuerpos eran simples agregados de Mónadas tendría que dar cuentas de la relación alma-cuerpo, para ello Leibniz utiliza una misma explicación para responder a ambos problemas que se le presentaban, creer que desde el principio existe una armonía, a la que llamará sistema de la armonía preestablecida.

Podríamos hablar de que en las criaturas se puede dar una cierta escala de perfección entre ellas, por lo que habrá criaturas más perfectas que otras, esto es así si en una de ellas se halla algo que pueda valer para dar razón de lo que le puede ocurrir a otra criatura, de esta manera es como se dice que una actúa sobre otra, a lo que se le puede llamar una influencia de corte meramente ideal. Pero en lo que respecta a las sustancias simples, es decir, en las Mónadas, este influjo no es de tipo ideal o un simple ocasionalismo, sino la intervención directa de Dios. Es así como podemos hablar de un influjo de una sustancia simple sobre el interior de otra, por este orden o este regular desde el inicio de todas las cosas. Consecuencia de lo anterior, es que entre todas las criaturas, todas las acciones y las pasiones son mutuas porque Dios al crearlas encuentra en ellas razones que lo hacen acomodar la una sobre la otra, y así lo que desde cierto punto de vista es activo en una, en la otra es pasivo, es decir, es activo porque se puede conocer algo distintamente en una de ellas que puede dar razón de lo que ocurre en la otra y es pasivo porque la razón de lo que pasa en una cosa se puede hallar en lo que distintamente pasa en la otra:

Pero en las sustancias simples el influjo de una Mónada sobre otra es solo ideal, el cual no puede surtir efecto más que mediante la intervención de Dios, por cuanto que, en las ideas de Dios, una Mónada postula, con razón, que Dios, al regular las restantes desde el comienzo de las cosas, la tenga en cuenta. Pues, como una Mónada creada no puede influir físicamente en

el interior de otra, no hay otro medio sino éste por el que una pueda depender de la otra (Leibniz, 1981, p.117).

Dado que ninguna Mónada puede ejercer algún tipo de influencia sobre otra, es necesario que Dios disponga todas y cada una de las acciones, reacciones y pasiones de ellas desde el comienzo, de tal manera que cada Mónada está acordada con todas las demás Mónadas del universo. “Y ya el mundo y todos sus componentes marchan por sí mismo, con ritmo ordenado, sin necesidad de otros influjos casuales” (Mucientes, 2009, p.1022).

De la misma manera que las sustancias simples están enlazadas de tal forma que puede darse un cierto tipo de influjo, así también el alma y el cuerpo lo están, pues Dios también creó el alma y todas las percepciones internas de ella, pues todos estos principios han podido dar la explicación necesaria entre la unión de estos dos mundos alma y cuerpo como los llega a llamar Leibniz. Esto se debe a que el alma sigue sus propias leyes al igual que el cuerpo sigue las suyas, pero como ambas son representaciones de un mismo universo se encuentran en una armonía preestablecida.

Si se pudiera pensar en algún impedimento para que exista una comunicación del tipo que hemos descrito, sería aquella por la cual las sustancias simples se encuentran por su propia naturaleza en un estado autónomo, independiente y de algún modo aisladas unas de las otras, pero para este problema sale a relucir la solución más simple y racional que encuentra Leibniz, y es precisamente aquella que define a todas las sustancias simples del universo: formadas por un mismo hacedor continuamente que expresan todas ellas el mismo universo o los mismos fenómenos mediante la teoría de los cambios armónicos, es decir desde el argumento de la existencia de una armonía preestablecida desde su creación. Para poder explicar esta relación entre dos o más sustancias simples, Leibniz se basó en tres hipótesis posibles, una de las cuales es la armonía preestablecida que ya explicamos, las otras dos restantes son las siguientes: 1) suponer una acción recíproca biunívoca; 2) postular una intervención por parte de Dios en todas las ocasiones, como un verdadero artífice de dicho acuerdo.

Para dar seguimiento a estos dos postulados, trata de explicarlos mediante el uso de dos relojes con péndulo. Si tenemos dos relojes con péndulo su sincronía que es perfecta puede

obtenerse de tres modos que representan las tres hipótesis: 1) construyéndolos de tal modo que uno influya sobre el otro; 2) encargando al artífice del reloj, es decir, al relojero que los pueda sincronizar a cada momento y; 3) pre-construyéndolos de un modo perfecto, de tal manera que en un futuro puedan de manera autónoma, señalar la misma hora en un momento simultáneo. La primera de ellas que propone una relación o comunicación real de tipo físico, es para Leibniz algo imposible e inexplicable, resulta pues una hipótesis burda y común en las escuelas pero que carece de sentido, llegando a ser trivial e incluso vulgar, por ello la rechaza radicalmente al igual que lo hará toda la filosofía racionalista moderna. Ello debido a que para Leibniz el cambio que se da en las Mónadas proviene del interior de las mismas al afirmar que “Las Mónadas no tienen ventanas” (Leibniz, 1985, p.27). Si llegamos a afirmar que todo lo que le sucede a una sustancia simple es porque ya lo posee desde el fondo de su ser y desde el momento en que fue creada, de tal manera que todo momento presente que sucede de manera espontánea es consecuencia de un estado antepuesto, entonces ¿por qué tendría que existir un influjo real entre ellas si cada una posee todo lo que necesita? ¿Qué podría darle una sustancia a otra? “Esa comunicación no se hace según la hipótesis ordinaria de la influencia física de la una sobre la otra [...] pues todo estado presente no es más que un resultado de un estado precedente” (Leibniz, 2005, p.54).

La segunda hipótesis que puede presentarse, es aquella que pretende establecer o fundamentar esta comunicación entre las sustancias desde una participación, digámoslo así, activa por parte de Dios, a la que podemos llamar o considerar como la hipótesis ocasionalista. Esta segunda propuesta también es rechazada de manera inmediata, pues la considera como contraria a la sabiduría divina y al propio orden de las cosas, ya que para ser aceptada esta hipótesis es necesario considerar a un Dios que tuviera que mezclarse con las sustancias, de modo que sería necesario que se dedicara a cambiar en cada momento las leyes, a partir de lo que sucede en el cuerpo. Esto no lo podría aceptar, según lo expresa Leibniz, ningún filósofo:

En efecto, ella introduce una forma de milagro continuo, como si a cada momento Dios cambiase las leyes de los cuerpos con ocasión de los pensamientos de los espíritus, o cambiase el curso regular de los pensamientos del alma, excitando en ella otros pensamientos con ocasión de los movimientos del cuerpo (Leibniz, 2005, p.69).

Por tanto, parece ser que la única hipótesis aceptada por ser la más clara, evidente, que no se contradice y que rescata tanto la acción de Dios como la libertad de las criaturas es sobre la concomitancia de las sustancias, de tal manera que una no dependa de la otra en lo que se refiere al movimiento o alguna acción, pues lo que nace en una no tiene que posteriormente, adecuarse a la otra ya que todo nace desde su propio ser, desde su fondo, así cada una obra según sus propias leyes y de manera libre pero coincidiendo en el mismo fenómeno por lo que a consecuencia de esto y puesto que coinciden en el fenómeno, representarán desde su propio punto de vista el mismo universo de forma absolutamente completa.

4. Reflejo del universo por parte de la Mónada a partir de diferencias cualitativas

Con todo lo que hemos dicho, podemos ir descubriendo cuál es la naturaleza de la sustancia que fundamenta todo el universo, así afirmamos que en la Mónada se encuentran como constitutivos de su naturaleza las siguientes características; a) que no comienzan ni parecen más que a partir de creación y aniquilación; b) su necesaria unidad desplazando la composición en ellas; c) el cambio desde lo más profundo de su ser como punto de fuerza y por ello su contenido de todo lo que le acontece desde su comienzo y finalmente; d) su comunicación preestablecida entre todas las sustancias desde el comienzo de su creación.

Siendo que existe una armonía preestablecida y que cada una de ellas fue creada por el mismo hacedor y perteneciendo al mismo universo, deben reflejar por ellas mismas todo el universo pero desde un ángulo distinto, pues no podría ser de otro modo al tener una comunicación preestablecida. Así, siendo que en cada una de ellas se encuentra todo el pasado, presente y el porvenir de lo que le sucederá, es decir que se encuentra la totalidad del tiempo y de los acontecimientos temporales, podemos deducir lo siguiente, Leibniz asevera que todas las Mónadas se representan entre ellas y al mismo tiempo representan todo el universo, son un espejo que lo reflejan en su totalidad. Podríamos clasificar esta doctrina de Leibniz como extremadamente reveladora, a pesar que no es del todo nueva, pues la escuela pitagórica del siglo V a.C. había dedicado mucha atención a la armonía como principio de orden del universo; “cooperación de todas las cosas entre sí” o como lo denominaban los pensadores renacentistas *omnia ubique* un reflejarse de todas las cosas en todo.

Como las sustancias simples no son cuerpos físicos ni tampoco son compuestos o agregados, es necesario que esta representación del universo sea a partir de diferencias cualitativas que comprendan una multitud dentro de la unidad, es decir, que dentro de las sustancias simples es necesario que exista una pluralidad de afecciones y relaciones, aunque no se hallen partes en ellas debido a su unidad. Podemos afirmar entonces, que a partir de la multitud de afecciones y relaciones no existen dos sustancias semejantes y que están constituidas y puestas en un orden perfecto que es posible su relación entre ellas desde el comienzo, y es precisamente esto lo que hace capaz de crear una riqueza en todo el universo acompañada de un orden perfecto, pues es como si existieran mini-universos o tantos universos como sustancias simples, diversificados en la apariencia pero confluyentes en el fondo, ya que cada una de ellas pertenece a un mismo universo y es a partir de esta hipótesis y del resto de sus características de las Mónadas por lo que decimos que cada una de ellas refleja una parte del universo desde un punto de vista particular:

[...] en este sentido digo que la noción de la substancia individual encierra todos sus acontecimientos y todas sus denominaciones, incluso las que se llaman vulgarmente extrínsecas [...] se sigue de ella que toda substancia individual expresa el universo entero a su manera y bajo cierta relación, o, por así decirlo, según el punto de vista desde el cual lo mira (Leibniz, 2005, p.67).

5. Conclusión

La síntesis realizada y presentada por Leibniz en lo que concierne a una metafísica de la sustancia puede considerarse como el último gran intento por salvaguardar la noción de sustancia. El espíritu leibniziano puede ser visto como un antes y un después dentro del estudio sistemático metafísico, debido a lo siguiente: 1) su planteamiento logra superar el problema cartesiano respecto al dualismo propuesto por Descartes, *res extensa* y *res cogitans*, al mismo tiempo que salvaguarda la realidad del mundo entero, y finalmente; 2) logra introducir un elemento innovador respecto a la sustancia, a saber, la idea del punto de fuerza que cada Mónada posee, por la cual no existe nada ajeno a ella que pueda producir un cambio que no venga de su origen.

Referencias

- Fernández, C. (1976). *Los filósofos modernos*. Madrid: BAC.
- Halbwachs, M. (1943). *Leibniz, Vida, Doctrina y Obra*, México: América.
- Jove, D. (2004). “Aristóteles, Leibniz y la noción de entelequia” en: *Revista de Filosofía Lógoi* V. 7, pp. 136-149.
- Leibniz, G. (1975). *Monadología*, Buenos Aires: Aguilar.
- _____. (1981). *La Monadologie*, Oviedo: Pentalfa.
- _____. (1985). *Discurso de la Metafísica*, Madrid: Editorial Sarpe.
- _____. (1989). *Filosofía para princesas*. Madrid: Alianza Editorial.
- _____. (2005). *Correspondencia con Arnauld*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Mucientes, C. (2009). *Prelecciones de Metafísica Fundamental*, Madrid: BAC.
- Russell, B. (1977). *Exposición crítica de la filosofía de Leibniz*. Buenos Aires: Siglo Veinte.